

DISCURSO DE ACEPTACIÓN

Omar Moreira

Señor Presidente de la Academia Nacional de Letras, señor representante de la Ministra de Educación y Cultura, autoridades nacionales y departamentales, Señora Presidenta del Consejo de Educación Secundaria, Sres. académicos, señoras y señores, queridos ex alumnos, amigos todos:

La Academia Nacional de Letras sesiona en el Interior, aquí en el Liceo “Daniel Armand Ugón” de Colonia Valdense, con el fin de admitir en el departamento de Colonia a un miembro correspondiente. El acto lo organiza este liceo, dirigido por las profesoras Reyna Torres y Silvia Pérez, y el Liceo “Agustín Indart Curutchet” de Rosario dirigido por Martha Alfonso. Las tres eran profesoras adscriptas con quienes trabajamos y sufrimos en un colectivo fraterno y creador, en aquel período apasionante de la salida de la dictadura.

En la determinación de la Academia veo y valoro la voluntad de afirmar su planta en todo el país y, por parte de estos dos centros educativos, la disposición -como en aquel momento- de involucrarse en la dimensión cultural de la comunidad.

La singularidad de las circunstancias y el lugar -un liceo, éste en particular- me provoca un torbellino de reflexiones por razones que expondré más adelante.

Antes de avanzar manifiesto mi gratitud, a todos y a cada uno de los integrantes de la Academia por el honor conferido y a los responsables de este acto.

Sorprendido por la designación empecé a recordar el largo camino recorrido; para referirme a mi trayectoria me detengo someramente, en lo esencial de las épocas primeras.

Huellas sin palabras

Vengo del llamado Uruguay profundo, de las serranías de Treinta y Tres; de una niñez vivida con pleno goce de la libertad, de la intemperie. Procedo de un hogar potente: un padre tenaz trabajador que vivía

recordando a Galicia, dolido por la guerra civil española -me pregunto si de ahí nace mi atracción por los emigrantes- una madre toda ingenio, hospitalaria, luchadora, blanca de Basilio Muñoz, políticamente apasionada, memoriosa de poesías, de letras de tangos y otras formas musicales; ¡contadora de historias!

Traía yo la memoria del pago como base de experiencia humana, pasible de ser universal si el soplo artístico la anima. Traía huellas sin palabras, sin expresión aun. También traía algún libro leído tempranamente.

A aquellos niños que éramos nos llegó oportunamente, el Melquíades de *Cien años de soledad*, como el Mago que fue un ser de excepción, Juan Pablo Gianola, batllista con mucho de anarquismo, supongo que masón, un libertario siempre, un buen corazón y a nuestros tres años nos regaló una fotografía del núcleo familiar, unos árboles para plantar, la revista literaria *El terruño*, apropiada al medio, la suscripción a un diario capitalino que llegaría a aquellas lejanías todo junto una vez a la semana, y un libro para cada uno de los hermanos. Y el principal consejo a mis padres: “estos muchachos tienen que estudiar”.

Lluvia de estrellas

Luego vendría la vida liceal en Batlle y Ordóñez ciudad a la que, después de Nancy Bacelo, su gente gusta llamar Nico-Batlle. A este período le llamé en algún momento “una lluvia de estrellas” por la vida estudiantil, los grandes profesores. Conocí el significado del término “maestro” -aquella personalidad a quien queremos seguir- en el profesor Washington Viñoles. Secretario General de FEUU en la época de la dictadura de Gabriel Terra, con quien todos nosotros manteníamos un permanente diálogo. Nos estimulaba a leer, a reflexionar, a escribir, como también lo hacían aquellos grandes profesores que, en un lado y otro del país, convertían a los liceos en centros irradiadores de cultura a la población.

Años después el profesorado nacional lo llevaría como su representante, por vez primera, al Consejo de Educación Secundaria.

Una cohorte de otras personalidades animaban el liceo: Oscar Fernández Correa, médico, ex secretario general de la Asociación de Estudiantes de Medicina en la misma época. Creo que era anarquista por sus inquietudes sociales. En él por primera vez comprobé que un profesor podía escribir libros.

Otto y Úrsula, dos alemanes, ella judía, eran pareja que jovencísimos escaparon a tiempo del horror cruzando para Dinamarca.

Isabel Artús, ex alumna de este centro educativo, directora que con mano firme fundó y dirigió aquel liceo, aparentemente tan lejano, ya que dejó sus bienes para la Fundación que lleva su nombre aquí en Colonia Valdense.

Lluvia de estrellas también era la vida y la sociabilidad del pueblo: el “hacer teatro” dirigido por Pascual Pérez Baile, un actor español que por haber muerto allá su esposa, quedó para siempre en aquel gran hogar. Director teatral de grupos aficionados de estudiantes, cálido charlista en las ruedas de conversaciones, pintor de escenografías en carnaval.

Practicamos el fútbol “por dentro”, como arquero de “La Galleta”; no nos sorprendamos por el nombre, en esa época, en Treinta y Tres, un cuadro de fútbol se llamaba “La Vaca Azul”...

Lecturas, lecturas, lecturas: quizá todo León Tolstoi, hispanoamericanos, alguna novela de Faulkner traída por uno de los integrantes de la *invasión* de maestros, a la vez que pintores, como el minuano Olegario Villalba, Ignacio Olmedo, y otros.

Allí nos iniciamos en la vida gremial estudiantil a pesar de fracasar en la primera huelga con la dirigencia de José Díaz, quien parecería que no escarmentó, ya que aún sigue en esas cosas después de haberse desempeñado como ministro del Interior.

Los compañeros me honraron con la dirección del periódico estudiantil “Hacia la Luz” donde tantos comenzamos a escribir pero solo Nancy Bacelo y yo continuamos. Desde entonces quedé consustanciado con el leer, escribir y publicar.

Desde esa época liceal fui lector de *Marcha*. Rápidamente ingresé en casi toda su temática.

En cuarto año ya había establecido contacto con el grupo de la revista *Asir* y conocido a Washington Lockhart en Mercedes, un destacado intelectual y agente cultural. Desde entonces me sentí incorporado a *Asir* y estuve hasta su final. Por la revista y su grupo me siento aún un “entrañavivista” como se nos caracterizó, opuesto a los “lúcidos”. Fue Carlos Maggi quien me explicó el origen del calificativo.¹

1 “Estimado Omar: la cosa fue así: yo atacé en *Marcha* a un grupo de críticos fríos y sobradores y les llamé los lúcidos. Martínez Moreno contestó hablando de los que preferían la entraña viva; y de ahí quedó por unos años la división entre lúcidos y entrañavivis-

El pueblo me atraía con su mundo de aventuras: al término de la guerra mundial regresó el Negro Mondo, aviador voluntario de la fuerza aérea francesa en la campaña del norte de África, lanzador de bombas en las costas atlánticas para que emergieran los submarinos alemanes. Cuentos, narraciones de sus accidentes -era inevitable asociarlo a la figura de Antoine de Saint-Exupéry- y prendidos de aquellas aventuras llegábamos hasta la madrugada.

En aquella diversidad de vida del pueblo tuve oportunidad para curiosear el mundo de las timbas, donde un compañero, naturalmente simpático, un caballero, comenzaba compulsivamente en el dominio de los naipes, luego tendría banca de Monte en varias ciudades, para apostar más fuerte después, a secuestros con extorsiones, trata de blancas en Europa, un “señor” con haras con caballos de carrera en Brasil, que finalizó arrojado desde un helicóptero en el Canal de la Mancha. ¿Cómo no asociar hoy a mi amigo de entonces con el personaje “que dio con una vena de mala suerte”, del cuento “Desterrados de Poker Flat” de F. Bret Harte, que habíamos leído en aquella época?

Pero el pueblo me abriría otra puerta al mundo con la presencia viva de don Lauro Ayestarán -llevado por Viñoles- a través de una charla primero, luego al verlo grabar a viejos guitarreros y acordeonistas de los barrios humildes “Poncho Verde” y “Las Canteras”. Nos había dicho que aquella música era arte popular y venía de tradiciones e innovaciones.

La Babel del IAVA

Para cursar bachillerato concurrí como tantos otros jóvenes del Interior, al IAVA. Me perdí en el mundo de unos 3000 estudiantes, donde ya se marcaban las concepciones ideológicas que estaban en pugna: los “bátllicos” (así les decían), católicos, comunistas, anarquistas, socialistas, y los curiosos como nosotros. Se “luchaba” contra las bases norteamericanas en la Laguna del Sauce con asambleas estudiantiles y con huelga general.

Integrar, como representante del liceo de Batlle y Ordóñez la Federación de Estudiantes del Interior (FEI), me permitió conocer a muchos delegados que luego serían profesionales universitarios en sus ciudades y pueblos natales.

tas. La cosa no fue con Bordoli y los muchachos de *Asir*. Demás está decir que discutimos mucho y nadie quedó mal con nadie. Pienso que en todo tiempo todos sabíamos que la oposición era caprichosa. Va un abrazo. Carlos [Maggi]

Seguía las clases de los grandes profesores de literatura: Domingo L. Bordoli, Roberto Ibáñez, Alejandro Peñasco, entre otros...

Fue trascendente lograr un primer premio y una mención en un concurso de cuentos, llamado por la Asociación de Estudiantes de Preparatorios, y su posterior publicación en *Marcha*.

Por ese entonces ingresé de pleno a la revista *Asir*, para ser un “entrañavivista” convencido. Conocí en las reuniones de la calle Coquimbo 2257, domicilio de Domingo L. Bordoli, a Liber Falco, Arturo Sergio Visca, Dionisio Trillo Pays, Julio C. Da Rosa -cuyo hijo, actual subdirector del Dep. de Lengua y Literatura de la Academia, está aquí presente- Guido Castillo -el polemista que ya venía de *Removedor*; revista del Taller Torres García- y a muchos otros escritores y aficionados que “entraban” y “salían” en forma permanente.

Tercera vuelta de tuerca vareliana

Al fin ingresé al Instituto de Profesores “Artigas” (IPA), el del doctor Antonio Grompone; su visión daba la tercera vuelta de tuerca a la reforma educativa luego de la ley de 1912, fundadora de los liceos en las capitales departamentales. Fuimos sorprendidos por el rigor universitario de aquellos cursos. De nuevo se dio la convivencia con estudiantes de todo el territorio nacional, un destino que he cultivado.

Era fácil, por la pequeñez de los grupos, acercarnos más a los grandes profesores: Domingo L. Bordoli, Francisco Anglés y Bovet, José P. Díaz, Carlos Real de Azúa, Eugenio Cossériu.

Compartíamos inquietudes con compañeros entrañables de todas las especialidades y muchos de ellos ya descollaban en el arte nacional, por dar algún nombre entre tantos: en teatro “Ducho” Sfeir, Hugo Ulive, Ruben Yañes, Alfredo de la Peña; el riverense Osmar Santos en pintura, Circe Maia en poesía, Alejandro Paternain en narrativa, Mercedes Rein, en sus universidades.

Continué, en paralelo, con la creación literaria y obtuve el primer premio compartido en un concurso de cuentos del Centro de Estudiantes de Profesores “Artigas” (CEIPA) y en otro convocado por *Marcha* y la Asociación Cristiana de Jóvenes.

Por curiosidad intelectual asistía a las clases en Facultad de Humanidades de José Bergamín, Francisco “Paco” Espínola, Roberto Ibáñez, y veía, solo veía, a Carlos Vaz Ferreira.

Por supuesto que concurrí a todas las conferencias ya fuera en el Paraninfo o en otros centros de actividad cultural. Como era consciente

que volvería al Interior del país, traté de atesorar el conocimiento más intenso y crear aquellos vínculos enriquecedores.

Al comenzar mi labor como profesor de literatura en el Interior dicté clases en San Carlos y Mercedes. A pesar de ser egresado del IPA, accedí por concurso de oposición libre a los liceos de Nueva Helvecia y Colonia Valdense del departamento de Colonia

La vida por una causa

Cuando llegué al “Daniel Armand Ugón”, en aquel entonces, era una pequeña universidad con un excelente profesorado: profesionales dedicados a la docencia y los primeros egresados del IPA. Acudían a él alumnos de toda la micro-región que dieron un alto nivel a la dirigencia zonal. No por casualidad, los cuatro últimos intendentes del departamento cursaron bachillerato en este liceo.

Hoy motivado por lecturas de José Pedro Barrán -¿quién no tiene sombras queridas que siguen actuando en nosotros?- he repensado los trágicos momentos vividos en los años de las décadas de 1960 y 70.

Lentamente subían y embravecían las aguas. Visualizo aquellos trágicos días en el salón número N° 1. Allí en sucesivos años, en aquel salón, tuvimos de alumnos a los tres hermanos Bidegain Greising: Ana María, Raúl y Gabriel. Ana María, doctora en Historia, profesora en Colombia -su esposo, alto magistrado, fue muerto por aquella violencia- hoy es catedrática en Florida International University. Los hermanos jugaron su vida en la guerrilla. Hoy Gabriel es demógrafo de las Naciones Unidas.

Veo, en distintos años, a dos de los cuatro hermanos Escudero: Julio desaparecido, dirigente bancario y comunista, a Manuel siempre silencioso, atento, enigmático, luego un comunista que jugó también su vida al entrar en el Frente Sur de las brigadas internacionales en Managua. Algunos de sus camaradas cayeron por aquella causa.

Todos ellos procedían de la tradición blanca.

También veo a Nibia Sabalzaray, hija de un obrero textil de Juan Lacaze. Inteligente, alegre, bromista, lectora. Ya profesora de inglés, ingresó al IPA en Literatura. Murió asesinada en 1974. Se casaba en esos días. Amaba la vida, la causa se la llevó.

Cada uno de esos destinos merecería una novela “entrañavivista”, por supuesto.

Pero agregaría, en el deseo de hacer justicia, a todos aquellos profesores que defendiendo la causa constitucional y democrática perdieron su trabajo y quedaron a la intemperie.

La destrucción del profesorado nacional, cuando había llegado a su más alto nivel técnico, significaba la voluntad política de la dictadura cívico-militar de decapitar una orientación histórica del país, la de destruir una ciudadanía. Así nuestra sociedad perdió una generación de dirigentes -por lo menos- en todos los estamentos sociales y también en la educación y la cultura. Golpe aún no asimilado.

El valor de las manos

Como destituido, viví diez años haciendo artesanías en cuero crudo, oficio de “guasquero”; un saber hacer que traía de la vida campesina, que junto con el trabajo permitía tiempo para la meditación. Fui agraciado por muchas solidaridades; algunas conmovedoras por parte de ex alumnos. Participé con orgullo, llevando aquel conocimiento popular, en la Feria Nacional de Libros y Grabados de Nancy Babelo.

Apenas profundicé en sus secretos comprobé que era también una cultura popular como nos había enseñado Ayestarán con la música. La tradición e innovación como en todos los saberes, era la clave de su permanencia.

No obstante había continuado escribiendo y publicando libros, editados en gran medida por Ediciones de la Banda Oriental, que tiene el alma de un grande de las últimas décadas: Héber Raviolo.

La intemperie me sofocó pero el “entrañavivista” que había en mí, salió fortalecido por el trabajo silencioso e imprescindible del pensamiento, para ser también un “lúcido” y mantener afuera, en la selva, al dragón interior del rencor. Un “entrañavivista” podrá ser un “lúcido”, pero un “lúcido” no podrá ser un “entrañavivista”. La vieja fórmula: corazón caliente y cabeza fría.

Segunda vez en el liceo Daniel Armand Ugón

En junio de 1985, al ingresar como director de este liceo, comenzamos la experiencia colectiva de su transformación, en una coyuntura extraña, particularísima. El interior del país, culturalmente devastado por la dictadura, tenía un panorama desolador. Con estos profesores amigos teníamos que desmontar un sistema y armar otro; el modelo a seguir debería tener lo mejor del previo a la dictadura -sin nostalgias- para crear uno inédito.

En el discurso de incorporación a la Academia Nacional de Letras de Gerardo Caetano, encontré la dimensión de un gesto simbólico, de una audacia dictada por la intuición: el mismo día de ingreso a la dirección del Liceo, convocamos a todos los profesores destituidos, para un acto de reconocimiento profesional y social, en las puertas del liceo.

Abiertos a la sociedad. Era una forma de decir: “entramos todos juntos”.

En ese “momento de verdad” sentí que se había ganado el futuro del liceo.

Precisamente Gerardo Caetano recordaba la reflexión de Hanna Arendt al destacar “la crucialidad de aprovechar lo que llamaba ‘momentos de la verdad’, coyunturas especialísimas, cuando actores y testigos, se dan cuenta de que hay en el tiempo un interregno enteramente determinado por cosas que ya no existen y cosas que aún no existen. En la historia esos interregnos han dejado ver más de una vez que pueden contener el momento de la verdad.”

Ese “momento de la verdad” nos decía que el liceo debía rechazar la burbuja, el aislamiento, el guetto, porque empobrecería la institución. Debíamos avanzar a la conquista de una utopía.

Abatir el sistema autoritario implicaba un ostensible rechazo verbal, conceptual, intelectual, pero la gran tarea era la praxis, el echar a vivir lo nuevo. Recuerdo el día y la reunión de profesores en la que por primera vez pronuncié la palabra “dictadura”. A mí, como a todos, nos sacudió una corriente eléctrica por el miedo a la palabra tabú.

Buscamos más que agrandar el círculo convencional, previo a la dictadura, romperlo derechos de todos. Era una forma de creación, de conquista, a la vez que formábamos entre todos, una masa crítica indispensable para avanzar, para refundar una institución. Urgía levantar el contenido de la educación, enriquecer la dimensión comunitaria del liceo y dejar entrar al entorno, recuperar los derechos de todos. Descubríamos una potencialidad inesperada y fermental. A la vez necesitábamos una meta visible, contundente, a conquistar y con un reducido grupo de vecinos nos propusimos la edificación de lo que sería este complejo multiuso. Consultamos al arquitecto Miguel Ángel Odriozola, quien sería a la postre su proyectista; nos dijo:

- Piense qué liceo desean y la arquitectura se lo dará.

- Sí -dije- ya lo hemos pensado: deberá ser un liceo abierto como fue en sus mejores tiempos. Pudimos decir pero en el momento no lo teníamos tan claro.

Ya habíamos descubierto el valor de la oportunidad y en este caso era la cercanía del Centenario del liceo. Siguiendo la tradición francesa, este nació en 1888 como *Licée*. ¿El primero en el país?

Esta conquista edilicia fue el fruto del desvelo, la constancia y el amor por lo suyo de una comisión con representación de todas las instituciones de la ciudad. Lo lograron en menos de dos años.

Empezamos la refundación de un modelo: reinstalar los derechos ya era escandaloso, como también lo era el trato amable, digno. Recordamos con varios de los actores de aquel momento cuando los alumnos de 4º colgaron una leyenda con el “Prohibido prohibir” del mayo francés. Fue necesario establecer un diálogo respetuoso para razonar y pensar con cabeza propia. La oportunidad de una construcción colectiva fue el nacimiento o renacimiento para los protagonistas.

En paralelo buscábamos cómo potenciar la institución desde lo educativo y cultural. Elegimos cinco puntos que entendimos primordiales: la actualización de la biblioteca, de los laboratorios; la instalación de un observatorio astronómico, la sala de computación, -quizá fue de las primeras en los liceos públicos- y la sala de audiovisuales. Fue nuestro Plan Ceibal local, en el comienzo de los años 90.

La satisfacción de esas necesidades vino del lugar más inesperado, de la Asociación Cristiana de Suecia y del Celsiusskolan de Uppsala.

Para culminar esos cambios se inició y mantuvo por una serie de años el intercambio de alumnos y docentes con el Celsiusskolan.

El aporte sumó unos 45.000 dólares.

Generamos innumerables acontecimientos -me remito al libro *Liceo Abierto*, como conferencia del Dr. Héctor Gros Espiell sobre el novel Mercosur (el liceo editó el trabajo); Juan A. Schiaffino dialogó con los estudiantes y padres; también la comisión que estudiaba el impacto del proyectado puente Colonia- Buenos Aires realizó aquí actos públicos.

Desde entonces quedamos vinculados al doctor José Arocena -una autoridad en desarrollo local- y también al CLAEH. Bajo su visión comenzaron los estudios sobre la región del Rosario, y resultó una de las zonas mejor estudiadas del país. Arocena y su grupo nos dieron otra proyección, nos hicieron pensar en otros actores locales y en otros colectivos. Nos descubrieron que en la microrregión los proyectos más importantes tuvieron un origen endógeno. Lentamente íbamos construyendo una visión que era resultado de la interpretación integradora de esta región. El liceo, quiérase o no, si ambicionaba enriquecerse, tenía que relacionarse con el entorno.

En la nueva temática reaparecían los tópicos de centro y periferia, categorías de las que confusamente desconfiábamos. Recientemente tuve la fortuna de oír expresiones semejantes a esclarecidos historiadores. El centro no condiciona mecánicamente a la periferia, y hay ciertos conceptos elaborados en el centro que son readaptados en la periferia en base a las realidades propias. En esta región ocurrió de ese modo.

Al finalizar ese período el liceo se había convertido en un centro de promoción de ideas, de pensamiento, de opiniones, de acciones culturales.

Como análisis y a la vez tarea de investigación personal escribí varias historias locales o regionales, en un intento de interpretar la atipicidad del departamento de Colonia.

Aquel ámbito renovador, aquel clima humano y social, gestado en aquella coyuntura, hoy actúa y proyecta nuevos avances de los que hablaremos.

Otras correrías

Después vino de mi parte un mayor conocimiento del país como inspector de Educación Secundaria. Observar las respuestas educativas de Rivera frente a Río Grande del Sur, de Río Branco frente a Yaguarón, de toda la frontera norte, me hizo pensar, reflexionar y estudiar el escenario nacional. Entre la diversa documentación consultada fui, como tantos, a la cantera a cielo abierto que es la vasta obra sobre el Interior de Aníbal Barrios Pintos. Esa visión que se profundizaba, me apremiaba y me preguntaba si tendría fuerzas y medios para llevarla, trasmutada, en acciones narrativas, a personajes de mi literatura.

Luego fui responsable de la Secretaría de Cultura de Colonia.

Ahora estoy finalizando la presidencia del Consejo Ejecutivo Honorario de Colonia del Sacramento.

Rendición de cuentas

La experiencia liceal durante diez años en este liceo, en aquella especialísima encrucijada, la sintetizamos en el libro *Liceo Abierto*, de 1997.

Continué con *Colonia Cultural, un río caudal*, que recoge la experiencia de la secretaría de cultura departamental.

Está ya escrito *Nudos y nidos del Sacramento* que publicaremos al término de la presidencia del Consejo Ejecutivo Honorario.

Las “rendiciones de cuentas” en forma de relato buscan informar e interpretar la realidad sobre la que estábamos actuando.

Para todas las organizaciones hay un pasado inmodificable y sueños enloquecidos que tampoco modificarán la realidad, pero hay un momento en la utopía que puede llegar a concretarse. En estos tres ámbitos -liceo, Secretaría de Cultura Departamental, Consejo Ejecutivo Honorario de Colonia del Sacramento- tuvimos la fortuna de vivir esos momentos de logros, resultado de la sinergia de un colectivo.

La patria de los inmigrantes

Como resultado de las historias locales que he escrito y publicado, ahora estoy abocado a una serie de trabajos con motivo de celebrarse los 150 años de estas colonias agrícolas. Se trata de una serie que ya tiene escritos los borradores con toda la documentación conocida y empezamos la elaboración e interpretación de la misma con un equipo de profesores vinculados con estos liceos y personas jóvenes con distintas formaciones, con las cuales coincidimos en una visión proactiva. Hemos titulado la serie *Patria de los inmigrantes*, y tendrá cuatro grandes partes: I) De mapas portulanos al pueblo de Rosario. II) Llegan los montañeses. III) Tiempo de integración y IV) El sistema de las colonias agrícolas en 150 años.

Así como existe una “Patria Gaucha” en Tacuarembó ¿podremos visualizar en Colonia “La patria de los inmigrantes”, unida por lo diverso?

Será una consecuencia de tiempos de larga duración. Nos ha llevado y nos insumirá muchas energías y un abordaje desde muchos ángulos. Esta territorialización con su dimensión social, cultural e histórica tiene un rico campo de abordaje desde los más variados enfoques.

Lo íntimo narrativo

Cierro hablando de mis narraciones más puramente “entrañavivistas”.

Vivir, ver, conocer el drama y el paraíso de nuestros tiempos, transmutada por la ficción la cercana o lejana realidad, dio lugar a lo más íntimo, lo más profundo, que creo está en mi narrativa.

Me refiero a *Fuego Rebelde* que presenta un escenario narrativo bélico de 1904. *Rosendo y sus manos*, una nouvelle con el escenario de la gran sequía de 1942-43, los ecos del levantamiento armado contra la dictadura de Gabriel Terra y más allá, la guerra mundial.

La Rodaja de la Espuela es un libro de cuentos que también tiene una línea de tiempo histórico y como escenario todo el país; *Voces en el viento* son narraciones breves destinadas especialmente a los alumnos de educación secundaria. Finalmente la obra que considero mayor, de una concentración continuada: *La espera del coronel*. Ambicioné cerrar la novelística referida al siglo XIX que había abierto Eduardo Acevedo Díaz con *Ismael*.

Literariamente fue la oportunidad de escribir sobre todo el país, sobre un proyecto de nación y verlo en el momento de concreción. *La espera del coronel* y “Para leer *La espera del coronel*” me permitió volcar una caudalosa carga de visiones recogidas durante décadas. Pro-

curé reinterpretar novelísticamente, desde el quiebre histórico del 2004, la guerra de 1904 con el marco político e institucional nacional y sus implicancias políticas regionales, pero fundamentalmente, dar vida y acción narrativa a muchos personajes, pequeños y mayores. También pretendí recrear ciudades complejas como Rivera, Salto, Paysandú, Colonia y los queridos pagos de Cerro Chato, Santa Clara, y Nico Pérez de entonces.

Esa idea tan ambiciosa, de acumulación de esfuerzos, fue comprendida por un ex alumno y hoy amigo, quien me dijo: “Tómate tu tiempo, escríbelo y te lo publico”. Para mí es uno del “Departamento 20”, como se les llama a aquellos compatriotas solidarios que andan por el mundo.

Finalmente: como intelectual, como docente y escritor solo soy aplicable por haber laborado, lo mejor de mi vida, en el Interior del país, en la “campaña” olvidada y desconocida que forma un todo con la capital. Creo que los cambios que están ocurriendo arrastrarán o borrarán la visión portuaria y capitalina. Ya emerge una nueva realidad porque este proceso está en marcha.

Época nuevamente fermental como en el 85. Prueba de ello es un acto como este, en un liceo que muy pronto cumple los 125 años -el primero del sur del país- y en el Partido del Rosario, quizá el más importante de la Banda Oriental, donde ocurriera tanta historia.

Y como dijo mi personaje Juan Francisco Mena, desde el cerro de Montevideo: “... no somos un gaucho, dos gauchos. Somos un pueblo que en lo intrincado, y por los intersticios, busca su lugar. Cuántos esfuerzos, uno sobre otro, son necesarios para hacer la patria. Tierra y hombres que admiro.” Pienso como él, también es mi credo. Desde el terrón al mundo.

Es todo. Gracias a la Academia Nacional de Letras por el honor conferido, al Ministerio de Educación y Cultura, a la Intendencia Municipal de Colonia, al Consejo de Educación Secundaria, por estar acá en el Interior y en un Liceo, a los organizadores y auspiciantes, a los queridos compañeros de ayer, a los de hoy. A los amigos todos: mi gratitud.